

Ser adulto mayor hoy: ¿nueva vida o muerte social?

Lizbeth Núñez Carrasco*

Resumen

En este artículo, se busca profundizar la perspectiva psico social en el estudio y la vivencia de ser adulto mayor, en el actual contexto sociocultural y de política social, en especial en Chile. Se apunta a entregar un aporte en materias que fundamentan y orienten a una profundización en la intervención profesional de trabajo social gerontológico, considerando por un lado, los avances en materia de Política Pública en Chile y por otra parte, siete años de estudios acerca del fenómeno del envejecimiento como tendencia demográfica global y muy especialmente de la vejez como proceso de vida y como etapa psico social en el desarrollo humano.

Luego de revisar algunos antecedentes históricos y las principales directrices de Política Social, que actualmente son el marco orientador de las acciones que se diseñan y se ejecutan en niveles macro y micro social, se profundiza en la comprensión teórica de la etapa psico social que se despliega a partir de los 60 o más años de vida y desde allí se proponen aportes para la intervención del trabajo social gerontológico (Núñez, L, 1996), con personas y familias que viven la adultez mayor de uno o más de sus miembros.

Palabras clave: Adulto mayor, Política Social, Intervención Social, Envejecimiento

Introducción.

La Política Nacional del Adulto Mayor, busca dar cuenta y responder a las necesidades, requerimientos y condiciones de vida de todo chileno y chilena, que cuenta con 60 años o más años de vida, ello, sobre la base de diagnósticos y recomendaciones emanadas de comisiones de expertos. La gran meta de promover la integración social de los mayores y apuntar a un

“nuevo trato” con ellos, basado en una renovación de la cultura, no parecen suficientes. Esto, por cuanto se requiere escuchar activamente a nuestros adultos mayores, desde sus propias vivencias a propósito de la etapa de vida en la que se encuentran, desde sus modos de significar su vida y su posición en el mundo tanto en lo público como en lo privado, y, en lo principal, en lo relativo a la construcción de sentido fundamental de la vida, argumento sustantivo en esta etapa de la vida.

* Trabajadora Social Universidad de Chile, Master of Teaching Social Work The Catholic University of América (USA), Diplomada en Epistemología de las Ciencias Sociales Universidad Santo Tomás, Diplomada en Gerontología Social Universidad Santo Tomás, Diplomada en Salud Mental Universidad Santo Tomás, Diplomada en Programación Neurolingüística Universidad Tecnológica Metropolitana. Actualmente se desempeña como académica de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Católica del Maule y de la Universidad Bolivariana.

** Desde 1991 hasta 1998, la autora estuvo a cargo de elaborar una propuesta de Mención para Trabajo Social en Gerontología Social, ello consistió en la construcción de un cuerpo de conocimientos, experiencias profesionales y de asesoría a servicios públicos y privados, extensión universitaria y docencia, en especial dirección de trabajos de grado, en la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Santo Tomás Santiago de Chile, actualmente realiza investigaciones en el área de ruralidad y adultez mayor en la Universidad Católica del Maule.

En efecto, desde el retiro laboral y el alejamiento de las tareas de mantención y crianza de una familia, cambian los desafíos en todos los planos, especialmente en el plano de la propia estima, cuando es la identidad que se pone en juego de cara a los cambios que inapelablemente se presentan con la jubilación y el encuentro con el nido vacío.

Se revisan con especial interés, las implicancias y desafíos que representa vivir la vejez y el envejecimiento, con énfasis en sus procesos de construcción y reconstrucción de identidad, del lugar que ocupa cada uno en la sociedad. Esto importa grandes desafíos en un contexto cultural y económico que valora a las personas en función de su productividad, rapidez, eficiencia y eficacia y cuando se impone la exigencia de jubilación y retiro de las responsabilidades que se mantuvieron por años. Allí, se inicia una nueva etapa en la vida que requiere de fuerza, convicciones personales y capacidad de asumir y asimilar los grandes cambios que devienen inevitables. En este contexto, el entorno y las personas significativas, adquieren una renovada importancia, lo que junto a servicios y profesionales debidamente capacitados hacen parte de las posibilidades que la sociedad les ofrece a sus miembros mayores y por ende a las demás cohortes generacionales, en el sentido de aprender a vivir con sus mayores y de asumir tempranamente condiciones preparatorias para la propia vejez.

Queda mucho aún por aprender en el tema, para comprender en profundidad lo que implica en la actualidad a las personas y su entorno social, el hecho de cumplir 60 años en una sociedad que cuenta con dispositivos y ceremonias que marcan la distinción entre ciudadano(a) económicamente activo(a) y económicamente pasivo(a).

1.- La vejez y el envejecimiento: un hecho universal y significativo en todo tiempo y lugar.

Desde la antigüedad el hombre se ha interesado por comprender el propio envejecimiento y la vejez como parte connatural de toda forma de vida y en particular de la vida humana. (Rodríguez, 2008). En la filosofía podemos encontrar antecedentes de la gerontología y de posiciones encontradas que incluso hoy tienen resonancia. Platón, presentaba una visión individualista e intimista de la vejez, resaltando la idea de que se envejece como se ha vivido y de la importancia de cómo habría que prepararse para la vejez en la juventud, es un antecedente de la visión positiva de la vejez, así como de la importancia de la prevención y profilaxis. Aristóteles por su parte, presentaba lo que podríamos considerar una de las etapas de la vida del hombre: la primera, la infancia; la segunda, la juventud; la tercera -la más prolongada-, la edad adulta, y la cuarta, la senectud, en la que se llegaba inevitablemente al deterioro y la ruina, consideraba a la vejez como una enfermedad natural.

Existen antecedentes históricos acerca de las múltiples formas que los pueblos indígenas manejaban su relación con sus miembros mayores, algunos por ejemplo, como los esquimales en que los mismos ancianos decidían cuando debían dejar de ser un estorbo para los demás y se dejaban morir en el frío del Polo; también en Islas Fidji era deber de un buen hijo acelerar la muerte de sus padres ancianos pues se creía que con la muerte se pasaba a otro lado pero con el mismo estado de salud con el que se fallecía; por el contrario para los navajos era afortunado morir en estado de senilidad pues así disminuían las posibilidades de convertirse en fantasma, en muchos pueblos nativos de América los mayores eran los chamanes o caciques y sustentaban el poder y el prestigio.

El continente asiático y sus grandes culturas como China, India, Japón, Irán Israel, entre otros, reúne a cerca del 60% de la población mundial y sus costumbres acerca de los miembros mayores de la sociedad se enraízan en valores y principios que ponen en el centro de sus preocupaciones, respeto y valoración a los ancianos. Cabe destacar el caso de Israel, que asigna un alto presupuesto a diversas formas de atención, cuidado y protección a sus ancianos.

En la cultura occidental es importante distinguir los grandes cambios que se han experimentado en materia de vejez y envejecimiento desde los tiempos premodernos y preindustriales, época en la que a los mayores se les asignaba gran prestigio y sustentaban funciones relevantes en la mantención del orden social. La llegada del mundo moderno con sus bases científicas en torno a asuntos tan relevantes como el comportamiento económico y reproductivo y las tendencias asociadas a ello, indica que el envejecimiento de las naciones es una tendencia lenta pero sostenida y silenciosa y su impacto en la economía de las sociedades, en la calidad de vida de personas y familias, en los servicios de salud, como de seguridad y previsión social, es innegable.

En efecto, la tendencia demográfica del envejecimiento se mide en función de dos velocidades, esto es, de cómo aumenta el número de personas mayores y de cómo disminuye el número de jóvenes. Se aprecia a nivel mundial que esta tendencia compromete tanto a los países en vías de desarrollo como a los países desarrollados. Chile no escapa a esta realidad, al contrario es uno de los países latinoamericanos de mayor celeridad en el crecimiento de este segmento etéreo.

Ante esta fuerza incontrarrestable se definió el siglo XXI como el siglo de la población envejecida, y se están tomando me-

didadas tanto en la agenda internacional en el nivel global como también en la Política Pública de países que como Chile, se encuentran orientadas a este segmento de la población, esto es:

A nivel supranacional la Organización de las Naciones Unidas (ONU), reaccionó y en 1990 la Asamblea designó el 1° de octubre día Internacional de las Personas de Edad, al año siguiente 1991, aprobó los Principios de las Naciones Unidas en favor de las personas de Edad, en el año 1992 el Consejo General decidió observar el año 1999 como el Año Internacional de las personas de Edad y además aprobó una estrategia práctica para el decenio 1992-2001 titulada “Objetivos Mundiales sobre el Envejecimiento para el año 2001”. Las áreas desarrolladas por el marco conceptual de la ONU aborda: la situación de las personas de edad; el desarrollo permanente de las personas de edad; las relaciones multigeneracionales y la relación entre el desarrollo y el envejecimiento de la población.

A nivel de los Estados Nacionales, los gobiernos de muchos países en América Latina están dando respuestas a través de la generación de Políticas Sociales. En el caso de Chile: “El 17 de Septiembre de 2002 el Presidente de la República, don Ricardo Lagos Escobar, promulga la ley 19.828 que crea el Servicio Nacional del Adulto Mayor, SENAMA, que inicia sus funciones en enero del 2003. Su Directora Nacional es la Sra. Paula Forttes Valdivia. El SENAMA se crea como un servicio público, funcionalmente descentralizado, con personalidad jurídica y patrimonio propio, que se encuentra sometido a la supervigilancia del Presidente de la República a través del Ministerio Secretaría General de la Presidencia, a cargo del Ministro José Antonio Viera-Gallo Quesney”. (Senama, 2002).

Política Nacional del Adulto Mayor del Gobierno de Chile:

Toda sociedad debe hacerse cargo del bienestar y la calidad de vida de todos sus miembros, en especial de quienes se ven afectados por algún deterioro en sus oportunidades de bienestar, desarrollo y autorrealización. Es así que al hablar de política nacional del Adulto Mayor, se está señalando la necesidad de asumir la vejez y el envejecimiento de la población como una preocupación de Estado. En el caso del envejecimiento y la vejez, esta responsabilidad no se agota en lo público, es imprescindible la acción de una ciudadanía informada, activa y comprometida de cara a las necesidades y requerimiento de sus ciudadanos mayores y a las acciones preparatorias y preventivas que deben realizarse con las demás generaciones. En este sentido, es necesario considerar, que de acuerdo a las actuales condiciones de la organización social moderna y particularmente urbana, que concentra a la población del país, parte importante de la problemática del Adulto Mayor está siendo asumida y resuelta muy especialmente, por la familia. Esto impone generar diversas modalidades de soportes estructurales, lo que no parece fácil pues no existen mecanismos previsionales ni estructurales en salud, vivienda o educación, apropiados al efecto.

En 1996 fue aprobada por el Comité de Ministros del Área Social, la Política Nacional para el Adulto Mayor del Gobierno de Chile. Esta política fue concebida en base a los Principios de Naciones Unidas a favor de los Adultos Mayores y las Recomendaciones de la Asamblea Mundial de Envejecimiento de Viena, 1982. Los valores que sustentan la política son: Equidad; Solidaridad Intergeneracional; Pleno respeto la dignidad de los Adultos Mayores y al ejercicio de sus derechos como personas y ciudadanos. Los princi-

pios son: Autovalencia y Envejecimiento Activo, Prevención, Flexibilidad en el Diseño de las Políticas, Descentralización y Subsidiariedad del Estado y rol regulador.

Con todo, Chile se ha propuesto una Gran Meta orientada a: *“Lograr un cambio cultural que signifique un mejor trato y valoración de los Adultos Mayores en nuestra sociedad, lo que implica una percepción distinta sobre el envejecimiento y, alcanzar mejores niveles de calidad de vida para todos los Adultos Mayores”*. (Senama, 2004).

Para el logro de lo anterior, los objetivos de la Política apuntan a: Fomentar la participación e integración social del Adulto mayor; Incentivar la formación de recursos humanos en el área; Mejorar el potencial de salud de los Adultos mayores; Crear acciones y programas de prevención; Focalizar los subsidios estatales en los sectores más carenciados de Adultos Mayores; Fortalecer la responsabilidad intergeneracional en la familia y la comunidad; Fomentar el uso del tiempo libre; Institucionalizar la temática del envejecimiento; Fomentar la asociatividad entre los Adultos Mayores; Privilegiar el ámbito regional y local en la ejecución de políticas para el Adulto Mayor; Perfeccionar normativas y programas referidos a la Seguridad Social; Mejora los sistemas de atención a los Pensionados.

La línea de programas y proyectos que el Servicio Nacional del Adulto Mayor (Senama), promueve a lo largo del país, se puede resumir en iniciativas como Asesores Seniors, Fono Mayor, Vínculos, Fondo Nacional del Adulto Mayor, Escuela de dirigentes, Centro Integral de Mayores.

Estos lineamientos programáticos resultan muy interesantes bajo la lectura de las necesidades e intereses que se han definido mediante diagnósticos con perspectiva técnica y social. Sin embargo, el fundamen-

to centrado en las personas y en la experiencia vital de quienes envejecen, como de su entorno inmediato, aparece débilmente tratado, considerando la importancia que ello implica, tanto en la pertinencia de las acciones de Estado como en las posibilidades de ofrecer espacios de desarrollo y crecimiento personal, familiar y comunitario con nuestros ciudadanos mayores. Es por ello que aquí interesa profundizar en una perspectiva psico social, que acudiendo a notables aportes de la geriatría y la gerontología social, constituya una propuesta para fundamentar nuevas formas de abordar la vejez y en especial a nuestros mayores, en el diseño de programas y proyectos sociales, especialmente en niveles locales y regionales de “intervención social geronto-giátrica”.

Lo anterior, por cuanto si bien es cierto el Estado de Chile asumió el fenómeno demográfico del envejecimiento de su población, aún se trata de una perspectiva más bien reactiva, más que preventiva o prospectiva, lo que sin duda es una moratoria que pronto deberá asumir. Sin embargo, es necesario reconocer que las acciones desplegadas en la institucionalidad pública en todos sus niveles territoriales y sectoriales, se han multiplicados los últimos diez años.

En efecto, diversas experiencias de asesoría a organismos públicos en la instalación y fortalecimiento de acciones dirigidas a la población adulta mayor, nos permite llegar a ciertas conclusiones preliminares, tales como:

En las realidades territoriales más específicas, como Regiones y Comunas del país y a más de diez años de la aprobación de la Política Nacional antes mencionada, los servicios se encuentran en un complejo proceso de instalación y desarrollo de Programas y Proyectos Sociales orientados por los lineamientos nacionales, que muestran como principal características una gran

diversidad política y cultural, atendidas las especificidades de cada realidad. Sin embargo, se sigue privilegiando la asistencia por sobre la promoción y la participación en acciones de recreación por sobre el desarrollo integral de las personas mayores y de sus entornos significativos.

En el nivel Comunal, es interesante señalar que la importancia y magnitud que alcanzan los Programas para el Adulto Mayor, dependen en gran medida de la voluntad política de las autoridades locales, las cuales al presentar sensibilidad y conocimiento acerca del tema, comprenden la estrecha relación que se puede potenciar entre el desarrollo local y la participación activa de la población mayor de la comuna. Esta postura no siempre es la que predomina en las realidades municipales y lo que es más grave, habitualmente el acento se pone en la asistencia y en la recreación a través de la creación y el fortalecimiento de Clubes de Adultos Mayores. Estas instancias merecen especial atención porque si bien convocan con interés a la población mayor y son instancias que los reúne semanalmente a compartir y tomar té, también esconden un riesgo al poner todos los esfuerzos en una orientación endogámica, limitando posibilidades en la construcción de relaciones intergeneracionales.

Cabe destacar la respuesta altamente favorable de la población adulta mayor, en especial de las mujeres, a las distintas iniciativas emprendidas por autoridades y técnicos y destinadas a su bienestar, cualquiera sea la tendencia que predomine en la intervención social.

En efecto, ya sea que se trate de proyectos marcadamente asistenciales o en algunos casos, proyectos orientados a facilitar su protagonismo sociopolítico y cultural, los mayores se movilizan con entusiasmo y compromiso, y más allá del interés legí-

timo de mejorar sus condiciones materiales generalmente muy empobrecidas, los caracteriza un alto sentido de ciudadanía, que los impele a cooperar en acciones conjuntas para su bienestar social y para fortalecer su presencia en su entorno familiar y comunitario. En este sentido cobra especial importancia, el aporte que representa la población mayor en la memoria histórica de la nación y sus territorios y con ello en el resguardo de su identidad, este aspecto es poco abordado en los programas desarrollados, pudiendo ser un pilar en las acciones bajo un modelo de desarrollo territorial, donde la identidad cultural de los territorios adquiere gran relevancia en el escenario de globalización que actualmente marca todos los rincones del país.

Lo anterior, hace pensar que el Estado en la generación de políticas sociales, debe apuntar con especial énfasis a la promoción de los mayores y en particular de su poder de influir y de avanzar en las transformaciones hacia el mejoramiento de su calidad de vida y de su bienestar, a ello, (Restrepo, 1996:7), se le ha denominado el “empoderamiento” de los adultos mayores. El éxito de estos emprendimientos con los mayores empoderados debe comprometer no sólo a los protagonistas directos sino también a los servicios públicos, a las familias y a la ciudadanía en general, a través de programas educativos y formativos, campañas de difusión, sensibilización, promoción y prevención, hacia un “nuevo trato” con los mayores valorando lo que representan y aportan y acercando a la comunidad a un nuevo trato con el propio proceso de envejecer.

En esta perspectiva, postulamos la firme convicción de que a la base de cualquier cambio sociocultural que se pretenda emprender, se encuentran las personas mayores, sus intereses, necesidades y motivaciones, sus experiencias y su memoria, sus po-

tencialidades y debilidades, sus formas de relacionarse con el medio y especialmente sus propias acciones en el medio sociocultural en el que se desenvuelven. Lo anterior, por cuanto la vejez es parte de la experiencia vital pero también y muy especialmente, es una construcción cultural, por lo tanto, la propia epistemología del envejecido acerca de su experiencia de vida y de sus aprendizajes, constituyen un acervo muy enriquecedor en dirección a un envejecer saludable y pleno (Weinstein, 2006: 40) integrado e integral.

Junto a lo anterior, también se propone aportar en nuevas configuraciones de roles y estatus de los mayores, con sus familias y comunidades. Ello, pues su empoderamiento basado en el despliegue de sus potencialidades en el marco de relaciones intergeneracionales, puede ser un aporte enriquecedor en el imaginario y el comportamiento de las demás cohortes generacionales. Postulamos que en la medida que se ponga el acento en el protagonismo de los mayores, en interacción con las demás generaciones, se aportará con nuevos escenarios de interacción y contribuirá en la generación de sentimientos positivos de autovaloración, por parte de los mayores al constituirse en “maestros de vida” de niños, jóvenes y adultos que se encuentran presionados por sus respectivas tareas y crisis psico sociales. En este sentido, merece especial atención la posibilidad de promover nuevos espacios de participación ciudadana de los mayores, basados en el reconocimiento social y una renovada valoración de sus aportes en y desde la cultura. Acciones que se orienten a la reconversión de la riqueza que ellos representan en la memoria histórica y en la modelización de sus vínculos significativos y de sus saberes basados en la experiencia de vida, serán parte de una campaña de resignificación y nueva valoración

con los mayores, base del “nuevo trato” que postula la meta de la Política Nacional del Adulto Mayor.

En este contexto, resulta prioritario comprender la vivencia de la “mayoría de edad” de la edad adulta, es decir, la adultez mayor. Para esto, se propone un enfoque psico social y sociocultural de la vivencia y los procesos y crisis que se vive desde los 60 años de vida.

2.- Reflexiones en torno a la experiencia personal y relacional de la adultez mayor.

Un número muy amplio de estudios han revelado que personas que pertenecen a un mismo grupo etéreo, con frecuencia experimentan la edad en una gran gama de formas, dependiendo del contexto social relevante (Birren y Bengtson, 1988:339). De acuerdo a Neugarten y Hagestad (1976:35), “para los antropólogos y los sociólogos, la edad es una dimensión muy importante en la organización social”. Es importante recordar que cada edad cronológica, representa una cohorte generacional, que ha vivido los mismos tiempos históricos, políticos y sociales, ha compartido gustos, costumbres, música, hitos personales, familiares, comunitarios y comparte recuerdos, en el sentido que Fernando Lolas le asigna al recordar y sin embargo, la vivencia de esta etapa es particularmente personal, es probable que abrirse a la auto evaluación, al misterio y a la devoción, sean parte de este proceso.

En el intersticio, donde se experimenta con calendario y ceremonias, la transformación que trae la jubilación y el nido vacío, se despliega inevitablemente ante los ojos del “viejo” y de los demás, el desafío y la incertidumbre de volver a empezar. Cambian los intereses y las exigencias, los ambientes y las interacciones cotidianas, se multiplican

las vulnerabilidades y a veces las inseguridades. Es la etapa que interesa reconocer, la que se destina a la elaboración de una nueva identidad en medio de adversidades del entorno y de la propia intimidad, donde el tema central es *estar viviendo la etapa de adultez mayor* y el gran desafío es salir fortalecido(a) de allí, vale decir, integrado e integral, interesa entonces, comprender la realidad psicosocial de las personas mayores y su entorno inmediato.

Lo primero que es necesario dejar establecido es que la vejez y el ser adulto(a) mayor, es natural y universal, se trata de un proceso que se inicia con el nacimiento, incluso actuales estudios de la etapa prenatal indican que se envejece desde antes de nacer y se mantiene hasta la muerte, comprometiéndose de modo totalizante a personas, familias y comunidades. Un segundo aspecto, es que la vivencia de la vejez, se encuentra íntegramente configurada y traspasada por la cultura y por tanto por sus valores, costumbres, conocimientos, mitos y creencias, se espera entonces cierto comportamiento y características culturalmente asignadas, a las personas que cumplen 60 años o más de vida, generalmente fruto del sentido común y las experiencias diarias.

A pesar de la universalidad del fenómeno, el estudio y la comprensión profunda de la vejez y el envejecimiento aún se encuentra en manos de especialistas, lo que nos lleva a concluir que la ciudadanía no se encuentra preparada para vivir su propio proceso de envejecimiento ni las etapas previas o preparatorias, esto deja al ciudadano medio en condiciones de insuficiencia y desconocimiento que sin duda disminuye sus posibilidades de vivir la vejez con plenitud y sentido de autorrealización.

Si bien la vejez es una etapa de la vida con sus propias especificidades, necesida-

des y aspiraciones, sus costos en relación a las demás generaciones parecen incompatibles, toda vez que ciertos procesos como el alejamiento de las estructuras sociales a las cuales se ha pertenecido por años, se presentan con fuertes consecuencias en los estados de ánimo del mayor y su entorno inmediato, en tanto los procesos más bien biológicos se lentifican, precipitando cambios que se viven en el núcleo de la identidad. En cualquier caso, lo que parece ser su particularidad, es que se trata de una etapa en la que es necesario redescubrir el mundo, redescubrirse a sí mismo en ese nuevo entorno y asumirse desde esta nueva mirada, resignificando la propia identidad y el lugar que a cada cual le corresponde en su entorno familiar, comunitario y social. Es necesario recordar que estos desafíos se encuentran fuertemente signados por un contexto cultural, occidental moderno, que privilegia la rapidez, la especialización del conocimiento y el aporte a la productividad económica, incluso la belleza es restringida a expresiones juveniles.

Desde las profesiones de ayuda como es Trabajo Social, abordar el estudio y la intervención social destinada a la población mayor, debe tomar en cuenta que si bien desde la perspectiva biomédica es innegable la lentificación y complicación de ciertos cuadros y procesos clínicos, dada la presencia de enfermedades y la intensificación de otras que pueden haber estado en latencia, sin embargo, desde el punto de vista psicosocial, es posible comprender y valorar la riqueza y singularidad que representa ésta etapa, a pesar de las pérdidas y penas que también se experimentan sin poder evitarlas. Al respecto, Lolas (1996:25), señala que “La vejez, como estadio vital, y el envejecimiento, como proceso, no son meras determinaciones biológicas. Son parte de la vida humana y por ello más biografía que biolo-

gía”. En esta afirmación se encierra un gran potencial que toda persona mayor representa para sí mismo y para los demás, pero es especialmente importante contar con un entorno afectivo y un contexto cultural que facilite su despliegue. Ante este desafío se impone profundizar en los estudios y más aún, socializarlos más allá de los especialistas, porque se trata de un tema que concierne a todos. En este sentido, se reconoce que a la Medicina se le debe gran parte de los avances en materia de conocimiento e intervención destinados a la población mayor y es lugar común de toda definición al tema, caracterizar esta etapa del desarrollo humano, desde sus implicancias biomédicas. No obstante lo anterior, ya nadie niega que esta mirada, aunque necesaria es absolutamente insuficiente, por lo que resulta imperativo el aporte de otras disciplinas en el acercamiento al tema. Ello ha venido ocurriendo en las últimas décadas, donde disciplinas como psicología y trabajo social, han concurrido con aportes notables en la comprensión basada en la empatía de persona a persona y en el diseño de estrategias de intervención donde el principal protagonista para con los adultos mayores es el mismo adulto mayor.

Desde esta perspectiva, se asume una concepción de vejez, que sin desconocer las implicancias biomédicas del proceso de envejecimiento, pone énfasis en la vivencia de la misma, en la cual están en juego las personas que la experimentan en relación con el medio del que forman parte. Esto por cuanto entender la vejez requiere de comprender a la persona adulta mayor en su forma de relacionarse: consigo misma, y con lo demás, es decir, con su contexto relacional, desde el cual reconstruye su propia identidad y con ello sus nuevas formas de comportamiento, por tanto, sus posibilidades de adaptación a los cambios que experimenta.

En esta perspectiva, Laforest (1991: 51), señala que “...la vejez, puede definirse como *una situación existencial de crisis, resultado de un conflicto íntimo experimentado por el individuo entre su aspiración natural al crecimiento y la decadencia biológica y social consecutiva al avance en años*”. En tanto, Krassoevitch, (1993), agrega que la persona se enfrenta a una encrucijada con respecto a sí misma, al verse indefectiblemente amenazada por pérdidas en las dimensiones físicas, emocionales y sociales, en un contexto sociocultural adverso. A esto se suma el hecho de que: “El contexto relacional (Maturana H, 1993:31), desempeña un papel determinante en la significación que cada uno da a los acontecimientos de su vida... la evaluación que cada uno hace de su propio valer tiene una influencia más profunda y determinante sobre su visión del mundo, su moral, sus actitudes y sus comportamientos. (La autovaloración)... La integramos, a partir de mensajes que recibimos respecto a nuestro valor transmitidos por los acontecimientos de nuestra vida vividos en un contexto relacional.” De ahí que la vejez, sea entendida entonces como una *crisis de identidad*, que supone una fuerte tensión entre autonomía y pertenencia, entre autoimagen e imagen social.

En este sentido Krassoevitch, (1993: 33), agrega que el adulto mayor “... siente aumentar la dependencia hacia fuerzas exteriores, pierde sus relaciones, porque su valor utilitario ha desaparecido (se ha esfumado su valor como mercancía) y su papel socioeconómico se ha transformado en el de un “jubilado”, vale decir, que está fuera del circuito producción-consumo. La rutinización de su trabajo al que estaba acostumbrado también ha desaparecido, en tanto que, como dispone de tiempo porque ya no trabaja, podría reflexionar sobre los problemas básicos de la existencia, pero no

ha aprendido a hacerlo. Y si reflexiona sobre ellos, lo invade una angustia tremenda por las oportunidades perdidas de amor y de solidaridad; y por la soledad y la muerte con las que se enfrenta quizás por primera vez en su vida”.

Es por lo anterior, que más allá de las clásicas consideraciones acerca de la vejez, se hace cada vez más necesario abordar la *situación social* (Matus, C, 1987), del adulto mayor, desde el ámbito de las relaciones sociales que establece con su medio, especialmente en el foco de sus interacciones significativas, desde la cuales construye sentido y significado, tanto a las experiencias que lo afectan como a la etapa en que se encuentra en un sentido de totalidad. Como Maturana, (1994: 31) señala, somos básicamente seres relacionales y es desde allí se construye “... el mundo que uno vive siempre se configura con otros;... uno siempre es generador del mundo que uno vive...”

En la construcción de sentido, la teoría psicosocial (Newman y Newman, 1984), nos entrega un aporte magistral, al referirse al proceso central de introspección, que experimenta el adulto mayor el cual le permite apreciar la significación de los hechos de la vida, adoptando como recurso el recuerdo. El significado que Lolás, (1996: 30), le asigna al recuerdo, es poético y muy significativo, cuando afirma que “El recuerdo humano recibe su dignidad de que no es una simple re-presentación de particulares detalles sino reconstrucción de contextos y atmósferas que dotan de sentido a tales detalles. Y tal sentido es, siempre y sin excepción, un sentido personalísimo, casi imposible de compartir, ya no se diga de entender por otro. Todo recuerdo tiene algo de secreto y se fragua en la intimidad erótica del propio vivir... (entonces)... El pasado individual es un gran dador de sentido en la medida que

se acepte como lo que es: *una narración de sí mismo erotizada por el recuerdo*. Quien recuerda se mete, literalmente, en sí mismo. El recuerdo es una manifestación de la profundidad cordial del ser humano”.

Sin embargo, el recuerdo adquiere toda la dimensión de su riqueza en el compartirlo, siguiendo a Maturana (1996:36) es “... en el espacio cotidiano que las palabras amar, querer y enamorarse tienen sentido. Hablamos de amor cada vez que tenemos una conducta en la que tratamos al otro como un legítimo otro en convivencia con nosotros. Al aceptar la legitimidad del otro nos hacemos responsables de nuestra relación con él o ella, incluso si lo o la negamos. Al mismo tiempo, por esto mismo el amor es la emoción que funda lo social”.

Una intervención social de nivel individual, con la población mayor, basada en los fundamentos reseñados, acudirá entonces al recuerdo con toda su riqueza como recurso, en los procesos de ayuda psicosocial, apuntando a releer la propia historia desde estados de ánimo favorables y valorando los aprendizajes que devienen indefectiblemente. Promoverá los encuentros y la reconstrucción de vínculos significativos y apuntará a acercar a la persona mayor a nuevos estados de integridad personal y de integración social.

Es así que una intervención de nivel grupal o comunitario, se orientará hacia el protagonismo del mayor, en espacios de interacción con otras generaciones. Es posible entonces, acudir lúdicamente al cuentacuentos, que llega a las generaciones más pequeñas con sus historias, enseñanzas y aprendizajes, o dirigir experiencias de intercambio de experiencias personales, familiares o laborales con generaciones juveniles y adultas, donde se escuche y comparta con los mayores de la comunidad y no sólo se les observe bailar y recrearse entre sus pares,

con esto se apunta a que se recreen sus funciones sociales y se constituyen en el verdadero aporte que ellos representan.

Por lo anterior, es que se deben promover nuevas instancias de relaciones sociales, donde se encuentra en gran parte, el espacio de la Integridad personal y de la Integración social, logrando su síntesis en una Identidad basada en el reconocimiento y aceptación de las propias pérdidas, fracasos y errores, como asimismo en los éxitos, logros, afectos y causas de la vida. Pero también será determinante el reconocimiento y validación que supone la escucha activa de las demás generaciones que debidamente dirigidas en ejercicios y actividades de intercambio, alcancen a justipreciar el verdadero valor de contar con sus mayores activos y aportando en la vida social.

Será el diálogo y la escucha activa los vectores fundamentales de construcción de espacios sociales y culturales abiertos a reconocer el valioso aporte que le cabe a los mayores en interacción con las demás generaciones.

Nuestra propuesta es construir una cultura de envejecimiento sano, que ponga en el centro de sus intereses, el auto cuidado y la prevención, el tratamiento oportuno y la rehabilitación exitosa, en caso de ser necesario. Una cultura que se constituye en relación con la intimidad del recuerdo y la aceptación propia y de los otros, pero también necesariamente con las demás generaciones en interacción y reciprocidad.

Con todo, la generación de adultos mayores es la generación que guarda en su memoria, la historia que une a sus pueblos, ellos conjugan los contenidos de un “nosotros”, un gran recurso que puede fortalecer la inclusión en la interculturalidad, que actualmente caracteriza a las sociedades globalizadas.

Bibliografía

<http://www.senama.cl/>, visitado el 05 mayo de 2008

Krassoevitch Miguel(1993): “Psicoterapia Geriátrica”; Fondo de Cultura Económica, México.

Laforest Jacques (1991): “Introducción a la Gerontología: el arte de envejecer”; Editorial Herder, Barcelona-España.

Lolas S. Fernando (1996): “Futuro de la Vejez y Vejez del Futuro: Una Reflexión Bioética”; en Vejez y Envejecimiento en América Latina y el Caribe. Aspectos Demográficos y Bioéticos. Cuadernos de Extensión de la Vicerrectoría Académica y Estudiantil. Programa Interdisciplinario de Estudios Gerontológicos. Universidad de Chile. Santiago. De Chile.

Maturana Humberto (1994): “El Sentido de lo Humano”; Dolmen Ediciones, Santiago de Chile.

Restrepo Helena E (1996): Aspectos socioculturales del Envejecimiento en América Latina y el Caribe”, en Vejez y Envejecimiento en América Latina y el Caribe: Aspectos demográficos y bioéticos. Editor Fernando Lolas. Cuadernos de Extensión de la Vicerrectoría Académica y estudiantil; Programa Interdisciplinario de Estudios Gerontológicos-Universidad de Chile, Santiago de Chile.

Rodríguez Maximina: <http://www.psicologia-online.com/monografias/4/gerontologia.shtml>, visitado en mayo de 2008.

Weinstein Luis (2003): “Personas saludables en un desarrollo saludable. La orientación hacia el desarrollo personal y el proyecto de vida”. Lom Ediciones, Santiago de Chile.